
LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA PRÁCTICA EDUCATIVA

El docente y la acción docente como objeto de investigación

Rubén Mesía Maravi

MITOS Y REALIDADES

La necesidad e importancia de investigar -sea cual fuere el ámbito del conocimiento humano- es una idea universalmente aceptada. Se acepta igualmente la enorme importancia con que el proceso educativo condiciona el desarrollo del individuo y de la sociedad. No obstante, cuando se trata de la investigación de la práctica educativa ya no se es tan enfático: surgen dudas y reticencias y se opina aceptando apriorísticamente diversos mitos.

Con frecuencia se tiene una imagen distorsionada, casi un verdadero estereotipo, de lo que es realmente la investigación de la práctica educativa. Así, por ejemplo, se le asocia solo con un determinado tipo de actuación: la destinada a recoger información elemental o anecdótica. Por eso suele identificársele con elaborar cuestionarios, pasar pruebas, tomar encuestas y emplear algún tratamiento estadístico. Otras veces se le asocia únicamente con el hecho de arribar a conocimientos pedagógicos prácticos que deben ser comunicados a los profesores para que los apliquen. Es decir, se le encasilla dentro de ciertos patrones metodológicos muy concretos, descartando de hecho otras formas de acción investigativa. Nada más lejos de la realidad.

Se pierde de vista -tal vez inconscientemente- de que todo docente preocupado por la eficacia de su intervención educativa investiga necesariamente. Y lo hace en forma sostenida y con criterio claro. Es que el profesor está permanentemente interesado y preocupado en los problemas de su labor cotidiana, e intenta profundizar en ellos para buscar explicaciones y respuestas válidas. Es decir, está investigando, aunque su accionar no se ajuste a la imagen extendida de lo que un investigador es. En consecuencia, no se le reconoce como tal sólo porque no se ajusta a lo que se tiene por una "imagen oficial" del investigador y porque, además, su investigación ocurre como parte del transcurso de su labor habitual y no como algo que obedece "formalmente" a un método de búsqueda. Se olvida así palmariamente que esas interrogantes y necesidades cotidianas constituyen la auténtica

preocupación investigadora del profesorado y que el aspecto formal, siendo importante, no es el más valioso.

Todo aquello puede deberse, por lo menos parcialmente, a la existencia de un distanciamiento real y de unas discrepancias manifiestas entre los "investigadores formales" (especialistas de diversas ciencias que estudian algún aspecto de la acción educativa) y los ejecutores del proceso educativo (los docentes: prácticos, enseñantes, responsables de ella). Aquellos prorizan y sobrevaloran su accionar sobre el de estos últimos, aceptando, de hecho, que la observación lejana es más significativa y trascendente que la realización misma del trabajo educativo. Por otra parte, tampoco se ha logrado establecer por lo menos un lenguaje común entre ellos y, en consecuencia, la comunicación se ve suspendida y la colaboración dificultada, llegándose a generar incomprensiones y actitudes de defensa. No se quiere aceptar todavía que si bien existen diferencias de situaciones y objetivos, es importante la labor de ambos y que es posible buscar y lograr establecer la colaboración entre ellos mediante una política concertada y sin prejuicios de repartición de la tarea.

62

La reticencia de algunos para aceptar al profesor como investigador de la práctica educativa no radica solamente en esa imagen estereotipada que se tiene de su accionar ("no es verdaderamente un investigador") sino también en la creencia errónea de pensar que lo que se pretende es que todos los profesores de base sean los investigadores de la práctica educativa. No es así. De lo que se trata es de aceptar que hoy el profesor tiene un rol distinto al tradicional y de reflexionar en la necesidad de cambiar el concepto mismo de lo que es el profesor y sus competencias básicas, entre las que se involucra necesariamente la investigación.

EL FACTOR DOCENTE

En este somero análisis es necesario destacar que los impedimentos y dificultades que enfrenta la investigación de la práctica educativa no radican únicamente en los mitos y prejuicios existentes. Radican también en ciertas actitudes frecuentes en el propio docente, las que no son precisamente propicias para la actividad investigativa. Ésta, por ejemplo, no es todavía una actividad cotidiana de primera prioridad para el profesor sino que con frecuencia la ignora. Tampoco llega a ser todavía una necesidad sentida como fundamental para el ejercicio profesional y en muchos casos ni siquiera llega a ser una estrategia reconocida, viable y necesaria en la concepción y desempeño docentes.

Es posible observar todavía una fuerte resistencia por parte del profesor para estudiar y analizar su propio desempeño, lo cual, se manifiesta con frecuencia como un rechazo activo, casi siempre no fundamentado. En este sentido es posible identificar ciertas barreras que impiden al profesor aceptar el rol de investigador que estudia su propio modo de enseñar. Algunas son barreras de naturaleza

psicológica, como el hecho de que el examen del propio rendimiento profesional puede resultar lesivo a su propio autoconcepto o al prestigio académico que pueda tener en su centro laboral. Otras son barreras de tipo social, como el hecho de que el clima social del centro laboral mismo no presta el necesario apoyo a quienes enfrentan ese riesgo.

Otro importante aspecto a señalar es que generalmente el profesor tiene aún el hábito del trabajo individual y todavía no acepta de buen grado el trabajo en equipo. Esta actitud dificulta e incluso distorsiona la actividad investigativa. El profesor no se percató todavía de que en investigación el trabajo solitario no solo se hace difícil de realizar sino que no tiene mucho sentido hacerlo. Esto porque la investigación que se realiza necesita de cuestionamientos externos que ayuden a la descentración del que investiga, es decir, que lo saquen de la forma única con que ve y comprende los problemas. Más aún, con el trabajo en equipo se evita encontrar respuestas con perspectiva única, la personal, porque el contraste, la comparación y la discusión amplían el horizonte y permiten comprender mejor lo investigado. Por todo ello se hace necesario un tipo de trabajo coordinado y negociado, en el sentido de la discusión horizontal.

63

LA INVESTIGACIÓN MISMA

El investigar sobre la práctica educativa implica una indagación sistemática e intencional llevada a cabo por los docentes sobre su propio trabajo en clase y sobre su propia institución educativa. Vendría a ser aquello que algunos autores han dado en llamar "el desarrollo de la voz de los profesores", porque cuando está bien efectuada permite al colectivo docente reflexionar y contrastar acerca de que si lo que se está haciendo responde a las finalidades y objetivos previstos. Además, el hacer esto no es sino asumir cabalmente uno de los compromisos éticos que se solicitan al docente.

Para llevar a cabo la investigación sobre la práctica docente es necesario tener presente la constante necesidad de innovación. La acción se inicia a partir del cuestionamiento del modelo actual de educación y de la realidad de la praxis educativa, lo cual lleva a poner en juego la propia experiencia, los propios interrogantes e inquietudes que surgen en la práctica cotidiana y las propias dificultades y problemas como fuente de análisis y reflexión para mejorar esa práctica. A partir de ello se puede investigar la práctica educativa en sus diversos aspectos: a) Sobre lo que se hace y sobre lo que ella hace al docente, b) Sobre los espacios en que se interviene al ejercer la docencia, c) Sobre la forma en que las circunstancias y sus contextos son afectados por la manera en que se actúa sobre ellos y d) Sobre las formas en que esas situaciones también afectan al docente.

Sin embargo, hay quienes todavía guardan algunas reservas ciegas sobre la investigación de la práctica docente por parte de los propios profesores. Wild, por ejemplo, plantea algunas dudas al

respecto: ¿Puede el profesor mantener el doble papel de enseñante e investigador? ¿De qué tiempo dispone para la labor de investigador? ¿Qué forma ha de adoptar su investigación? ¿Cuanto ha de abarcar su investigación? ¿Hasta qué punto puede ser la investigación veraz en cuanto a sus hallazgos? Son, como se aprecia, dudas nacidas en el contexto de una concepción histórica y tradicional de la labor educativa. En todo caso, el esclarecimiento personal de estos reparos, el cuestionamiento colectivo de los mismos y la asunción comprometida de una permanente innovación educativa son la respuesta efectiva a quienes todavía dudan que la investigación sobre la práctica educativa es labor propia de los docentes ¿No son ellos los que la realizan?

